

Espejos

No hace falta que tenga un espejo delante, para saber que tengo la boca apretada, en una fina línea horizontal. Imagino que así será gráficamente un alarido hacia adentro. Tampoco lo necesito para saber el color exacto de mi piel. Contradiendo toda lógica precisamente en su no condición de color.

A un costado la mesa de luz. Curiosamente, Daniela, aún resiste tu obsesiva manía del orden.

Me atrevo a enumerar las cosas sin mirarlas. El vaso de agua listo, porque a vos te gustaba decir que el pentotal te dejaba la garganta árida, como forrada en leca. Mas allá una estampa de “San La Muerte”, sobresale perseverante desde una escena cualquiera del “Fausto”. La imagen radiante de “Iemanjá” va y viene confundida entre las olas de una vela encendida. Un espacio vacío para acomodar la agenda cuando ya no pueda escribir. El frasco y la jeringa listos, con la dosis justa para volver. Y la muerte ahí, serena, cuando voy a su encuentro, aunque el pentotal, solo me deje a unas cuerdas. Ella viene a buscarme y sin el menor atisbo de egoísmo, jamás intenta retenerme, solo espera mi próxima vuelta. Será por eso que me gusta su cercanía, evitando recordarla, solo a través de un dolor fuerte en el pecho, o una fuerte cefalea que remite siempre a un cáncer repentino y que al rato se diluye después de un par de analgésicos.

Desde hace un tiempo me gusta llevar a la muerte de la mano y ya no importa que coincida con tu ausencia.

Cierro las persianas hasta que un suave desliz de luz las desborde. Mi antebrazo como un faro en un mar de semipenumbra y en ese exacto momento soy el mejor profesional o solo

existe la comunión entre la aguja, mi piel que cede y la vena que entrega gustosa su torrente.

Casi enseguida, una fina hebra de azul ahumado se va elevando desde el extremo de mis dedos. Allí donde una isla de pálido nácar, reina estéril sobre el fin de la piel blanda.

Después es ir entregando el control de los sentidos. Aunque justo ahora, curiosamente pienso que, ni con la puta más cara, mis ojos resistieron tan desnudos.

¿es acaso tu fantasma, ese que se persigna inútilmente frente a mi cama?.

Al fin nunca tan protagonista y testigo de mi propia muerte. Blandiendo como banderas un puñado de pensamientos. Si la vida es de “Dios”, de ¿quién será la Muerte?. Esta misma que ahora me seduce ardiendo a través del helado “pentotal”.

Cuando despierto. A todo se lo engulle un halo amarillo, una velada escarapela hepática.

Indemne un pedazo de pan, resiste sobre la mesa vacía, reluciendo en verdes metálicos de moho. Es la medida exacta de mis días de ausencia.

Las manos tiemblan, hasta el extremo de no poder sostener la lapicera, para intentar graficar, algo sobre los días que he desaparecido con esta dosis. Todo da vueltas, hasta que el vomito repara un poco el dolor de cabeza.

En la calle intuyo el desdén del domingo en cada paso. Hay una atmósfera como plastificada, con ruidos sordos y un viento corto que se pierde contra la ochava.

Ya en el colectivo, abro la agenda al sentarme, hay un marcado contraste entre la letra firme de antes de interrumpir el relato y las primeras frases después de la vuelta, que curiosamente esparcidas las letras en el papel, asemeja una bandada de pequeños insectos azules.

Encuentro a Emma al entrar al hospital. Ella está sentada detrás del mostrador, repitiendo casi exactamente la misma posición desde hace diecisiete años. Tanto es así que sus manos y antebrazos parecen haber tomado ese color gris manoseado del mostrador.

Sonríe y me alcanza el guardapolvo. Le doy cinco pesos, por dejarlo al menos con este olor a jabón barato. Vuelve a sonreír, mientras me abrocha el último botón. Yo me alejo con esa imagen de Pierrot ordinario entre los ojos, y la primera impresión es que la vida, se empeña a cada rato en repasarte por la nariz, lo que quisiste ser y lo que sos. Así de cruel sin ningún espacio para la duda. Hipócrita antes y mucho más ahora aquel antiguo juramento al recibirme.

Empiezo entonces a darme cuenta que estoy muerto. Pero no pasa solamente por un sentimiento. Hay ahora que lo escribo, una firme convicción. Aunque en cierta forma pueda yo mismo contradecirme, a través del pulso o la respiración. Interiormente es notorio, tal vez la explicación mas cercana, sería como pasar una espátula por la pared que comienza a descascararse. Y va mucho más allá de la increíble sensación de revisar detenidamente los cuerpos para tener un indicio al menos, por donde se les escapó la vida. Ya son muchos años con círculos, cada pequeño orificio para tal vez empezar a darme cuenta por donde se escapó mi vida.

Casi sin ningún tipo de cuestionamiento moral, me hago cargo de una vez por todas de ser el tutor de la muerte de todas estas muertes. Y acá y ahora en esta morgue que es seguramente mi santuario, disfruto de la magnánima visión de estos cuerpos, algunos corrompidos por la descomposición y al final todo apunta a que su proximidad, fidelidad y en alguna medida su devoción, me anuncien entre gritos mudos como su Dios.

Mientras camino por los pasillos del hospital, voy anotando las diferencias. Hay gente que espera hace meses, que termine el fastidio de la agonía de la vida, cuidando algún pariente

cercano, donde el tiempo mutó la compasión por la apatía. Ahí está el problema ¿Por qué esperar nueve meses por una nueva vida? Porque no esperar paciente, que la muerte disfrute su tiempo.

Empujo la camilla hacia la habitación treinta y seis. Me gusta la idea de ir a buscarlos, evitando que cualquiera los toque. Tengo aún presente mi primer cadáver. Sueño esporádicamente con esas órbitas como iluminadas desde dentro, con la fuerza de alargar el rostro hacia delante. No hace falta que relea mis apuntes, tengo de cada uno una referencia constante. Además está todo graficado, talvez con la convicción de tener que rendir cuentas en algún momento.

Golpeo la puerta para entrar. Hay alguien que solloza sobre el cuerpo. Yo tengo esa sensación tan difícil de graficar. Es casi como la previa de sentarse a la mesa delante de un manjar. Disfruto primero con la vista, y no importa que todavía resista un dejo rosado en las mejillas y que tampoco se haya disipado del todo la tibieza de la piel.

Me deleito cuando lo vuelco a la camilla y tiene eso de ingobernabilidad en los miembros. Ese es el momento exacto que me pertenece. Y por lo tanto como nuevo propietario me hago cargo de su muerte. Casi al extremo de emocionarme, al ver ese brillo artificial de sus ojos semiabiertos, que parecen derretirse hasta llegar a fundirse con ese desliz de baba que desborda de su boca.

Reniego definitivamente con aquellos que afirman, que la muerte es un valle. Este rigor, este entumecimiento repentino, sin dolor ni fastidio. Tiene la excitación de lanzarse desde un barranco con los brazos abiertos, simulando un par de alas imaginarias.

Mi sala está oscura cuando regreso. Trato de pensar la conveniencia de dejar este cuerpo en la primer puerta de la heladera. Acaso mi vista, todavía turbada por la ausencia, no me permita analizarlo detenidamente. Sin embargo un murmullo atenuado me alerta. Camino

unos pasos sigilosamente dentro de la oficina. Me asombro de mi absurda pose, cuando mi reflejo se asoma en la ventana. Tomo al paso un par de jeringas. Las lleno de pentotal, no puedo pensar si es absurdo, o no, solo tengo una gran seguridad, cuando el líquido se derrama entre mis dedos.

Me sorprende la figura de un hombre desconocido. De espaldas a mí. La cabeza hacia atrás como queriendo descubrir una nueva constelación en el cielo raso. Frente a él, una enfermera arrodillada y devotamente ocupada.

Tal vez haya yo sentido algo así como una profanación. No sé, no hubo demasiado tiempo para pensar y actuar. A él le clave la jeringa en el cuello y apreté veloz y letalmente. Ella casi ni se dio cuenta cuando él se le cayó encima. Yo apurado aproveché para clavarle la otra jeringa en el seno izquierdo.

Los dejé a ambos en el piso, para entregarme al deslumbrante arte de la muerte que ya iba dejando su estampa en la perenne sensación de tener los miembros laxos. Hasta juro haber visto en el último instante una blandura de gratitud en la expresión final.

Empecé una hoja nueva en la agenda, que bien vale la pena lo realizado. Enseguida tomé a ella por las axilas y su cuello lánguido colgó unos segundos dejando los labios desnudos.

En ese instante la vida como un cangrejo se deslizó malditamente hacia atrás, prendiéndose con furia a tu recuerdo “Daniela”. Obstinado en aquella tarde. Bebiendo vino tinto de tu ombligo y desde allí invadir el sur de tu vientre con mi lengua soldado. Para dominar la colina coronado de espasmos y susurros.

¿por qué justo ahora? Porque hoy “Daniela”, tu cuerpo vuelve tan largo desde la última vez. Masticando la certeza de que es tu ausencia lo que asfixia y poco a poco se va haciendo dolor ahí, donde no hay forma de precisar y tampoco diagnóstico posible.

Ignorante y hasta absurdamente engreído, decrete mi muerte por oficio, ahora desde aquí puedo ver lo lejos que me encuentro.

Basta, salteo mejor estas hojas y mejor el cuerpo de ella lo acomodo allá arriba, donde el esfuerzo me impida cualquier atisbo de tu recuerdo. Al otro cuerpo lo clave con la jeringa vacía, como si con ese inútil esfuerzo físico sirviera para exorcizarte. Enseguida brotó una constelación de lunares rojos, como una nueva galaxia. Tan efímera que al instante se apagó en un maldito borgoña oxidado.

Tal vez sea el mejor momento para detenerme y pensar en lo poco que importa ya, saber por donde se escapó mi vida. Ahora mucho más comprometido con mi muerte, llevo la dosis de pentotal al límite y al final, no hace falta un vaso de agua o una frazada a mano. Solo la honradez de morir sin estar atado a tu recuerdo.

Mañana seguramente se encargará el Juez Venazzi, a media tarde, después de la siesta, con ese poco hábito que tiene por el trabajo. Argumentará un crimen pasional, sin preguntas ni testigos.

No tendré forma de marcar mi cuerpo. Pero seguramente sabré el lugar exacto por donde se me escapó la vida, que absurdamente coincide por el mismo recoveco por donde entró mi muerte.